

ANGAHUAN

POR

FRANCISCO JOSÉ RHODE

ANGAHUAN es un pueblo situado cerca de Uruapan en el Estado de Michoacán. Está al norte del volcán de Parícutín, a una distancia de unos seis kilómetros, separado de este último, afortunadamente, por un terreno quebrado y escabroso que permite la esperanza de que Angahuan no correrá la suerte de Parangaricutiro o San Juan de las Colchas, que ha sido arrasado por las masas de lava arrojadas por el volcán y de otros pueblos cercanos seriamente amenazados por la destrucción.

Precisamente las corrientes de lava han sido las que provocaron el descubrimiento de esta joya colonial que representa la fachada de la iglesia de Angahuan, un pueblo olvidado en las montañas de Michoacán, a unos cincuenta kilómetros al sur de la carretera Morelia-Guadalajara y a unos quince kilómetros al oeste de la carretera Carapan-Uruapan.

Cuando durante el verano del año de 1944 la actividad del cráter disminuyó, tomando en cambio, un inesperado incremento la cantidad de lava que los nuevos volcanes nacidos al pie del Parícutín, arrojaban amenazando los pueblos de la vecindad, en primer lugar San Juan de las Colchas, sus habitantes se preocuparon por salvar, no sólo sus bienes persona-

les sino también todo lo que les era amado por tradición. Comenzaron a sacar los objetos de la iglesia, los altares, los santos, las pinturas, el órgano, la pila bautismal, en fin, todo lo que podían llevar, dejándolo provisionalmente en el vecino pueblo de Angahuan, que por lo pronto está fuera del alcance de las corrientes de lava.

Pasé por Angahuan en junio de 1944, en ocasión de un viaje que hice al volcán, y atraído por una fotografía que reproducía algunos detalles de la portada de la iglesia y que había conocido accidentalmente. Resolví detenerme en aquel pueblito para conocer de cerca esta antigua e interesante construcción.

Las crónicas de los conventos de Michoacán no nos dicen nada de Angahuan, pero las biografías de los frailes que en ellas se insertan, son más explicativas en este caso. Varios cronistas franciscanos nos hablan en sus memorias de fray Jacobo Daciano, natural de Dacia o "dinamarqués", como dice Mendieta. Parece que era pariente cercano de los reyes de aquel país, y fué provincial de su Orden en su patria. Más tarde salió para España, presentándose a la corte de Carlos V y pidiendo permiso para ir a las Indias. Vino a la Nueva España, pero no se sabe en qué año.

Fray Jacobo no se detuvo mucho tiempo en México, pues sus superiores lo mandaron a Michoacán. Según el cronista Larrea llegó al pueblo de Querécuaro, y más tarde bajó con la gente de la sierra de Cherán para formar el pueblo de Tzacapo, hoy Zacapu, donde fundó en seguida la iglesia y el convento. Murió en el convento de Tarécuato, al sur de Zamora y al norte de Angahuan. El padre Gonzaga menciona también a nuestro fraile, pero no lo relaciona con Zacapu, sino exclusivamente con Tarécuato.

El padre Daciano fué un fraile que se distinguió entre sus hermanos por sus conocimientos lingüísticos, por su gran celo religioso, por su humildad y por el cariño que siempre demostró hacia los indios. Llevó una vida ejemplar. Fué el primero en administrar en Michoacán el Sacramento de la Eucaristía a los indios y era esto entonces, como se sabe, un problema que provocó vehementes discusiones entre los religiosos. Cuentan de él, "que en un gran raptó que tuvo, le reveló Nuestro Señor la muerte del Emperador Carlos V", puso entonces un túmulo y celebró una misa para el difunto, el 21 de septiembre de 1558, con gran asombro de todos, pues la noticia y la fecha de la muerte de Carlos V se confirmaron hasta algunos meses después. Lo que también provocó la admiración de todos, fué su habilidad para "caminar a pie y descalzo aunque fuera por montes y peñascos desde Dacia a Michoacán". Mendieta lo conoció en

ocasión de un capítulo que se celebró en Huejotzingo, “cuando vino a pie desde Michoacán, más de cien leguas”; fray Jacobo insistió que los indios fueran admitidos en la Orden, pero no logró su propósito. Hubo entonces una discusión entre los frailes en la que fray Jacobo se enfrentó con fray Juan de Gaona. Parece que la disputa fué acalorada y tal vez los contrincentes se excedieron de palabras, por lo menos fray Jacobo, quien perdió el pleito y tuvo que hacer penitencia. A este respecto hay que agregar una noticia que trae Motolinía, aunque escribió poco sobre Michoacán. Relata este cronista, que había un indio llamado don Juan, señor principal y natural de Tarécuato —el convento de fray Jacobo— que pretendió hacerse fraile franciscano, pero no fué aceptado por los miembros de la Orden en su pueblo. Fué entonces a México para hablar con los superiores, quienes le permitieron llevar el hábito, siempre que los frailes de Michoacán lo permitiesen. El indio volvió a su tierra y parece que anduvo entre los franciscanos usando su hábito, aunque sin recibir jamás la potestad del sacerdocio.

Pero lo más interesante es lo que el cronista Larrea nos cuenta de lo que pasó después de la muerte de fray Jacobo: “Después de su muerte acabaron de sentir su falta y así estimaban sus cosas como quien sustituía su propio lugar. Y por eso los indios del pueblo de Arancáracua, que convirtió y pobló este Venerable Padre, estimaron y estiman el báculo y sombrero de este apóstol, con tanto afecto que le tienen en una caja muy decente. Y para mostrarlo, aunque sea a religiosos, se juntan alcaldes y fiscales y no lo dan a tocar sino a ver tan solamente, porque les parece que se han de quitar de los ojos; y así lo vuelven a encerrar y guardar, fundando nuevas esperanzas de su protección y amparo, como Eliseo en la capa de su Profeta”.

El pueblo de nombre Arancáracua no existe. En cambio sí existe el pueblo de Angahuan, que no está tan lejos del antiguo convento de Tarécuato. Además, el templo de Angahuan, está dedicado a “Sancto Jacobo Apostolo”, como dice la inscripción de la portada y, cosa rara, Sanctus Jacobus, o como decían los españoles, Santiago, no está representado a caballo, sino de pie, con un gran báculo en la mano, y un sombrero en la cabeza, tal vez en homenaje a fray Jacobo Daciano, el incansable predicador viajero de esta región, fundador probable de Angahuan y constructor de su iglesia, una de las obras más interesantes de los edificios eclesiásticos del siglo xvi.

Lo anterior parece claro y convincente, mas no faltan circunstancias y datos que nos obligan a dudar de si la fachada de Angahuan fué efectivamente construída por fray Jacobo, en unión de fray Juan de San Miguel, de acuerdo con las crónicas franciscanas de la sierra central de Michoacán. Fray Juan se dedicó a la evangelización de la zona de Uruapan y fray Jacobo se hizo cargo de la misma tarea en la parte norte.

Fray Jacobo Daciano era un hombre pobre, sencillo, y así fueron sus iglesias y casas que fundó. Dice fray Isidro Félix de Espinoza —hacia el año de 1750— en su *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles San Pedro y San Pablo*, en la parte que se refiere a la vida del padre Daciano: “En lo que fué singularísimo y que no puede dejar de admirarse, es el haber sido tan pobre, que no sólo en su persona, sino en la fábrica de los pobres conventos que fundó . . . conventos tan pobres y estrechos, como los usaron en los principios de la Religión Seraphica. Siendo así, el magnánimo emperador, de eterna memoria, don Carlos V, se esmeró en favorecer los pobres conventos de Michoacán, enviando para las iglesias cálices muy costosos, y custodias, y fuera de esto se conserva en el convento de Tarécuato un ornamento bordado a la antigua . . . para todos los días usaba (fray Jacobo) de ornamentos de lana de todos los colores . . . en Tarécuato guardaban en una caja grande el ornamento entero que dió Carlos V, juntamente con una casulla que usaba fray Jacobo”.

En realidad, los conventos franciscanos de Michoacán son pequeños y austeros en comparación con los grandes conventos de esta orden que al mismo tiempo fueron erigidos en el valle de México, en la meseta de Puebla, en Tula y en Cuernavaca.

La suntuosidad de la fachada de Angahuan no concuerda en nada con el espíritu sobrio del gran fraile franciscano. Entonces ¿cómo podemos explicar el origen de esta magnífica obra? La tarea de la evangelización de la sierra de Michoacán era demasiado grande para que sólo dos misioneros se pudieran hacer cargo de ella con éxito.

Cuando don Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, (1538-1565), ocupó su diócesis, una de sus primeras disposiciones fué la de organizar en forma más efectiva la evangelización de los indios, dividiendo las distintas zonas en cabeceras y curatos, con sus doctrinas y casas de visita. Conocemos la *Relación de los obispados de Tlaxcala, Michoacán, Oaxaca y de otros lugares en el siglo XVI*, manuscrito de un autor desconocido de la colección de don Joaquín García Icazbalceta, relación que nos da una idea bastante clara de la estructura de la diócesis de Michoa-

cán, tal como la organizó don Vasco. Data este documento del año de 1569. De acuerdo con él, existía entre la zona de Uruapan y la de Tarécuato, el pueblo y cabecera de Tzirosto, encomendado a Francisco Villegas, personaje del cual nos ocuparemos más adelante en forma detallada. Había entonces en Tzirosto una iglesia y un cura, y sus barrios eran los siguientes: San Pedro Tzacan, Santiago Parangaricútiro, San Joseph, Cingauan, Santa Catalina, Quanbecheo, Apo, San Joseph, San Francisco, Nurio, Charapan, Tepachao, Santangel, Santiago Tingambato, Curundahpan, Cúru Sant Andres, Taretan.

El hecho de que había un cura comprueba que esta relación se refiere a la época anterior a 1575, cuando el tercer obispo de Michoacán, el fraile agustino Juan de Medina Rincón (1574-88), dió a los de su Orden siete conventos con sus doctrinas en recompensa, o mejor dicho, para contentarles, porque poco antes Medina Rincón había renunciado a las doctrinas de Pánuco y de la tierra caliente de Michoacán, las que estaban al sur de Tiripitío.

Entre estas siete doctrinas figura, en primer término, Tzirosto, y la entrega de esta cabecera a los agustinos fué posible, porque el beneficiario, el clérigo Fuenllana, "renunció en 1575 su beneficio y todo el mundo se entró en la religión de nuestro Padre San Francisco, siendo la mejor lengua tarasca que había en el obispado y vivió en la religión más de cuarenta y cuatro años, gran ministro de los naturales" (*Crónica de Basalenque*). El franciscano Diego de Fuenllana se quedó en la región; lo encontramos en 1581, cuando firma en su carácter de guardián, la *Relación de Patzcuaro*.

Mas no sabemos muchos detalles de la vida de este insigne misionero. De acuerdo con las *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán*, por don José Guadalupe Romero, don Vasco de Quiroga erigió el curato de Tzirosto confirmando el beneficio al bachiller Fuenllana, quien fundó de nuevo el pueblo con los indios que bautizó. Esto significa que Fuenllana debió llegar muy joven a la sierra de Michoacán, entre 1540 y 1550; entró en la religión en 1575 y murió de franciscano cuarenta y cuatro años después. La civilización de esta extensa zona que era la cabecera y el curato de Tzirosto, a la que pertenece Angahuan, la realizó solo y cuando aún era clérigo, siendo por esto por lo que las crónicas franciscanas y agustinianas lo ignoran y fray Matías de Escobar va tan lejos y contra la verdad, que afirma que fray Sebastián de Trasierra sustituto

del clérigo Fuenllana, cuando éste renunció en 1575, es el fundador del pueblo y de la doctrina de Tzirosto.

Fuenllana, misionero hasta ahora casi desconocido, realizó una labor tan extensa y tan meritoria como fray Juan en Uruapan y fray Jacobo en Tarécuato, pero tuvo la mala suerte de ser del clero secular, y así no tuvo su cronista que le dedicara alabanzas y no lo dejara suftumbir en el olvido.

La región que evangelizó Fuenllana colindaba con la de fray Jacobo Daciano y los dos se debieron conocer bien. Tal vez en los primeros años de sus labores, cuando los límites de los distritos eclesiásticos no habían sido fijados con mucha exactitud, los dos se ayudaron mutuamente en sus labores y cooperaron en sus faenas espirituales. Si Fuenllana se hizo fraile franciscano, en alguien se debe haber fijado como ejemplo y maestro, probablemente en su vecino fray Jacobo. También puede ser que el pueblo de Angahuan en un principio perteneciese a la jurisdicción de fray Jacobo y que haya pasado más tarde a la del curato de Tzirosto; el pueblo está en los límites de los dos distritos, algo distante de Tarécuato. En fin, no lo sabemos, pero lo que es innegable, son las relaciones de fray Jacobo con este pueblo, e innegables son también las buenas relaciones que deben haber existido entre los dos misioneros.

Ahora unas palabras respecto al pueblo de Tzirosto. Era un centro de población indígena anterior a la conquista. Junto con el Caltzontzi se bautizaron "los principales Axayacatl y Siguanga, que lo eran de Tzirosto" (Beaumont). Después de la conquista, Tzirosto es mencionado por primera vez en la ya aludida *Relación* de los obispos de Tlaxcala, Michoacán, Oaxaca y otros lugares del siglo xvi. De acuerdo con una nota que se encuentra en el texto, fué escrita a los tres años después de que don Antonio Morales de Molina (1566-72) se hizo cargo del obispado de Michoacán. El texto nos habla de que el encomendero era Francisco Villegas y da la lista de las casas de visitas ya reproducida. Esta lista está un poco confusa; casi todos estos barrios o casas de visita o pueblitos existen hoy todavía. Algunos son llamados por sus nombres indígenas, otros sólo por el nombre del santo patrón del lugar, y otros por los dos, como por ejemplo San Pedro Tzacán. Lo que a nosotros interesa es Santiago Parangaricutiro, llamado también San Juan de las Colchas. Ha tenidos dos casas de visita: Paricutin, donde hace poco nació el volcán conocido con este nombre, por el lado suroeste, y Angahuan, de la advoca-

ción de "Sancto Jacobo Apostolo" o Santiago, al noreste de Parangaricutiro.

Tzirosto decayó pronto estando en manos de los frailes agustinos. En 1581 se separaron de la cabecera los pueblos de Tingambato, San Angel, Taretan y Tziriquarétiro. En 1624 Parangaricutiro y San Pedro Tzacan son los últimos que se independizaron de su antigua cabecera, y "vino a quedar Tzirosto el mas pequeño pueblo de todos que no lo dejaron por visita mas que a Apo". (Basalenque).

De manera que Angahuan es emencionado por primera vez en 1569 en la *Relación*, repetidas veces citada. De acuerdo con la inscripción, la fachada es de 1562, y el Hospital de Indios de 1570, obra del encomendero de la comarca, Francisco Villegas. A este hombre hay que dedicar unas palabras más.

Entre *Los Conquistadores y Pobladores de la Nueva España* de Francisco A. de Icaza, que dieron noticias personales suyas a los primeros virreyes, de 1540 a 1550, está Francisco de Villegas, que "dize que es de Castaxiana, e hijodalgo, e que ha cuarenta años, que sirve a Su Majestad en estas partes de las Indias, así en Tierra firme como en Cuba, como en Darien y en otras partes, e que es conquistador desta Nueva España, y sirvió en la conquista; a su costa y con armas y cavallos, donde hizo servicios señalados, dignos de remuneración; atento a la calidad de su persona y que tiene cantidad de hijos y nietos, y con lo que tiene no se puede sutentar, suplica Vuestra Señoría le haga merced en lo del repartimiento".

Efectivamente, este Villegas que en los primeros años del siglo xvi se pasó al Nuevo Mundo, estuvo en 1560 de encomendero en Tzirosto, Michoacán; aparece en la *Tasación* de Ibarra, de 1560, y el valor de las entradas de sus encomiendas es estimado en \$ 870.00.

Según su declaración estuvo también en Cuba; cuando el sonado asunto del casamiento, algo forzado, de Hernán Cortés, por la intervención del gobernador Diego Velázquez, casado con una hermana de la novia de don Hernán, Catalina Xuárez, entonces, según Torquemada, un tal Villegas juega cierto papel no bien determinado en el famoso lío del gran conquistador. Villegas aparece entre los amigos de Velázquez y trabaja contra Cortés.

Años más tarde, cuando doña Catalina se pasa a la Nueva España, después de la toma de México, anda en el séquito de ella otro Villegas, probablemente el mismo del párrafo anterior, de acuerdo con lo que relata

Bernal Díaz del Castillo. Pronto muere doña Catalina, y Cortés, que había dado encomiendas a Villegas, sale para España; gobierna el funesto Nuño de Guzmán, presidente de la primera audiencia de la Nueva España. Reúne los elementos descontentos y disgustados con Cortés, es entonces cuando asoma otra vez Francisco de Villegas. Nuño de Guzmán lo ocupa de mayordomo cuando sale en su expedición a Michoacán y a la conquista de la Nueva Galicia (*Relación de la conquista de los Teules Chichimecas*, de Joan de Sámano). Entonces es cuando Villegas conoce las tierras de Michoacán. Pero pronto vuelve Cortés y la Corona española manda instruir el proceso de residencia a Nuño de Guzmán. Tanto él como sus partidarios pierden sus bienes. Bernal Díaz del Castillo se refiere a él, entre otras personas, que pierden su encomienda. No nos dice cuál, pero debe haber sido una cerca de México y habla de Villegas "mayordomo de Nuño de Guzmán".

Mientras Cortés andaba por las tierras de la Nueva España debió Villegas pasarlas muy mal, hasta que don Antonio de Mendoza, primer virrey, dispuso resolver el problema de los numerosos conquistadores y de sus familiares y descendientes llegados a menos.

Parece que esto aconteció más o menos al mismo tiempo que cuando don Vasco de Quiroga emprendió la organización administrativa de su obispado. Entonces las autoridades civiles de Michoacán instalaron una serie de cabeceras y se preocuparon por atraer a españoles que estaban sin ocupación en la capital del reino, a los lugares algo retirados del centro para consolidar y afirmar así mejor el dominio sobre los indígenas, dándoles los nuevos centros de población en encomienda. Así fué, posiblemente, como Francisco de Villegas llegó a Tzirosto.

En el siglo XVIII Angahuan es mencionado varias veces, tanto en el *Teatro Americano* de José Antonio de Villa-Señor y Sánchez (1748) como en el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales* del coronel Antonio de Alcedo (1786).

El pueblo de Arancáracua, que menciona fray Alonso Larrea en su *Crónica* de la orden franciscana, provincia de San Pedro y San Pablo, es decir de Michoacán, no aparece en ningún texto ni existe en la actualidad, por lo que es permitido suponer que por él se debe entender el pueblo de Angahuan.

El carácter de la obra es en primer lugar escultórico. La portada, igual que la de Acolman, no guarda relación con la fachada; es algo como un escudo suntuoso incrustado en la pared de una construcción antigua, que se destaca por su austeridad, su sencillez y la ausencia más completa de elementos decorativos.

Aunque esta portada es más bien importante como obra escultórica, debe ser juzgada también desde el punto de vista arquitectónico, pues así lo exigen sus características estructurales. Se compone de tres partes que forman el conjunto: en la parte inferior el arco grande de la entrada con su alfiz correspondiente, en medio un tablero rectangular, no tan ancho como el alfiz inferior, y en la relación de dos por uno, ancho por alto, y en la parte alta otro arco pequeño con su alfiz.

El arco de la puerta es de estilo renacentista, mientras el gran alfiz, el marco cuadrado que le cubre y cuyas partes laterales sobresalen del ancho de las jambas de la puerta, los soportes del arco de medio punto, son elementos mudéjares, que los españoles heredaron de los moros al reconquistar la parte sur de la península y que se introdujeron en la arquitectura de los vencedores.

En la parte superior se repite la construcción de la parte de abajo. Lo que abajo es la puerta, arriba es una ventana que proporciona luz al coro de la iglesia. Pero mientras abajo el marco del hueco, es decir, de la puerta, es un elemento del arte renacentista, arriba todo es mudéjar puro.

Ahora bien, si esta construcción en su parte arquitectónica es fundamentalmente no mexicana; ¿era esta manera de construir desconocida por completo de los mexicanos, los indios que dieron la mano de obra para realizarla? Desde luego los indios también habían decorado las fachadas de sus edificios con grandes tableros desde siglos. De paso sea dicho, que la gran diferencia, diferencia fundamental entre el mudéjar, el estilo que se creó en el sur de España después del aniquilamiento del reino árabe por los españoles, y el estilo que en la Nueva España nació a raíz de la conquista española, consiste en que el mudéjar abarca tanto la escultura como la arquitectura, mientras en la Nueva España las reminiscencias del arte indígena se concretan a la escultura, son prácticamente nulas en la arquitectura.

Si bien la manera de decorar la fachada de un edificio por medio de grandes tableros era muy indígena, en la presente obra no se revela nin-

gún detalle arquitectónico, que se pudiera relacionar con el arte indígena antiguo mexicano.

Los indios no han tenido ninguna intervención en el proyecto y en la planificación de la obra. Sus autores intelectuales han sido los frailes, hombres de su época, del renacimiento, y a la vez españoles originarios de un país, cuyo arte estaba experimentando entonces los efectos de una fuerte influencia ajena, extranjera, árabe.

Sabemos que los planificadores de la obra han sido los frailes, como en muchas de las construcciones eclesiásticas del siglo XVI en la Nueva España, pero para la mano de obra, los frailes españoles —muchas veces alarifes improvisados, de conocimientos superficiales en la materia— no podían prescindir de la colaboración de los indios, que así fueron los autores materiales de las muchas y en gran parte notables obras del primer siglo de la colonia que nos han quedado. Y estos indios no han dejado de imprimir en las obras que les fueron encargadas el fuerte sello de su capacidad técnica, extraordinaria. La parte material de la obra es no sólo impecablemente ejecutada, como es de esperar de individuos de una raza que, dondequiera que se hable de canteros y escultores, debe ser mencionada, sino también es una demostración perfecta de la manera predilecta y característica de la escultura antigua: el bajo relieve aplanado.

Digo aplanado y no menciono la otra característica, su angulosidad, que con tanta frecuencia se hace notar en los relieves precortesianos.

Los bajo relieves postcortesianos son copias de dibujos tomados de libros españoles, como era la costumbre de trabajar, siendo los indígenas muy hábiles en la reproducción de cualquier cosa del arte manual que se les daba —y a veces no se les daba— para su fabricación; copiaban desde un sambenito hasta la portada de una iglesia reproduciéndola con una exactitud minuciosa.

El resultado de esta manera de trabajar en obras de escultura era que los productos de los cantares indígenas, copias de grabados, adquirieran un carácter gráfico, que notamos en muchos relieves de aquella época, véase por ejemplo la portada de la iglesia del convento dominicano de Tepoztlán (Morelos). La reproducción de grabados en forma casi fotográfica hecha por los indios en piedra, incluye el abandono de la reproducción angulosa de los objetos, propia del arte precortesiano y, en cambio, fomenta la otra característica del relieve indígena: lo aplanado. Por sí, el relieve bajo precortesiano, originalmente, casi siempre pintado a colores vivos, no era —muchas veces— más que una pintura realizada. (Una

observación al margen: el azulejo colonial de colores realzados, como por ejemplo el famoso azulejo poblano aborronado y de color azul, es un producto mexicano, que no se conoce en España, donde el azulejo es liso).

Por más que la técnica empleada en hacer los relieves mismos es muy indígena y lo mismo ciertos detalles como veremos más adelante, el conjunto confirma su procedencia europea. El relieve del gran arco, por ejemplo, considerando la impresión general del dibujo y desatendiendo los detalles, es tan renacentista como las llamadas pinturas de romana de los grandes conventos mexicanos del siglo XVI.

Entre los relieves que llaman la atención están primero las jambas horizontales; la de abajo presenta tres rosetas o flores estilizadas; la de arriba tres cruces de trozos uniformes con puntas en forma de la lis gótica, entrelazadas individualmente con cortos cordones que llevan nudos en sus extremos. Este dibujo se repite en la plancha horizontal, que más arriba forma la transición de la jamba al arco de medio punto, es decir, la pieza que juega el papel del capitel, cuando se trata de una columna. Las jambas son de una sola pieza. En la orilla exterior llevan una hilera delgada de puntos, que se prolonga hacia arriba abarcando toda la orilla superior del arco central. La orilla interior de las jambas, y también del arco, representa algo que se asemeja al cordón franciscano, con un nudo apenas esgrafiado a media altura de la jamba, y su punto de franjas en la parte inferior.

En la parte central de la jamba, un lienzo de ancho por alto en la relación de 1×2 , está un tema que es tratado con suma frecuencia en este lugar en obras de esta índole. Los indios, purificadas sus almas por el bautismo, aparecen con alas, como los ángeles del cielo cristiano. Lo demás son ornamentos fitomórficos, vegetales, dispuestos alrededor de algo que parece otro cordón franciscano y que progresa a mitad de cada jamba de arriba hacia abajo. Aquí cabe una observación: aparentemente los dibujos de las jambas han sido trazados y esculpidos por otro cantero que el que se ha ocupado del resto de la obra. Los relieves de esta parte son de detalles gruesos y de carácter severo. En cambio, el relieve del gran arco es un trabajo fino, como si fuera una filigrana esgrafiada con elegancia en sus detalles y líneas, que forman el conjunto, y que se compone de elementos vegetales. El gran arco de medio punto, la parte central de la estructura de la portada es, como ya está dicho, renacentista. La orilla interior la forma un cordón parecido al franciscano, y de la orilla

exterior ya hablamos también. Todo el espacio del arco está relleno de elementos decorativos vegetales.

Y lo mismo el espacio del alfiz, que en su alrededor ostenta una imposta de ancho regular, cubierta del relieve de una planta enredadera. Hay que repetir que, en general, el carácter de este alfiz —de origen mudéjar en su arquitectura —es renacentista plateresco, en su escultura, con idea y ejecución indígenas. Por supuesto esta manera de planear los relieves cubriendo materialmente todos los espacios disponibles y así supeditando la escultura a la arquitectura no es nada extraño en el arte precolombino.

El horror al vacío del indígena es algo muy conocido, su afán de no contrastar los detalles por espacios vacíos, sino llenar los espacios con elementos a veces caprichosos, su tendencia al barroquismo. De los detalles hay que decir algo más. En las esquinas superiores están unos monogramas de Cristo, cada uno con dos angelitos, en actitud heráldica. Estas figuritas ofrecen el aspecto de ídolos, toscamente elaborados; parecen elementos arcaicos por su ejecución.

Los monogramas llevan un detalle curioso: el anillo de circunferencia formado por algo que parecen ser o grecas mexicanas —una de las tantas formas del *xicali colihqui*— o las puntas de la concha marítima, símbolo de Quetzalcóatl. Es un motivo muy conocido en las esculturas cristiano-indígenas del siglo XVI en el valle de México. En esa forma existen, por ejemplo, en el púlpito de Huexotla y en la portada lateral de la iglesia del convento franciscano de Texcoco; véase también la pila bautismal de Tlalnepantla. Otro ornamento constituyen la serie de placas redondas, puntos monumentales que circundan el alfiz. Habiendo sido proyectada la portada por gente europea, es de suponer que estos puntos en forma esférica — como los de la portada de Tepeaca y otras, son de procedencia europea, es decir, en este caso ornamentos propios del gótico isabelino. Sin embargo, también es algo muy usado por los indígenas estos puntos, como signos de numeración.

Y para terminar con el alfiz inferior hay que mencionar todavía la inscripción. La parte central, de letras grandes dice así: “Sancto Jacobo Apostolo Maior”.

Entre los dos alfices se encuentra un tablero de regulares dimensiones y en cuyo centro está la imagen —en relieve— del santo patrón de la iglesia, Santiago. Es de advertir que esta vez Santiago está de pie, con la vara de peregrino en la mano, y no gallardamente montado en un briosó



Fig. 1. Iglesia de Angahuan. Conjunto de capilla abierta y fachada

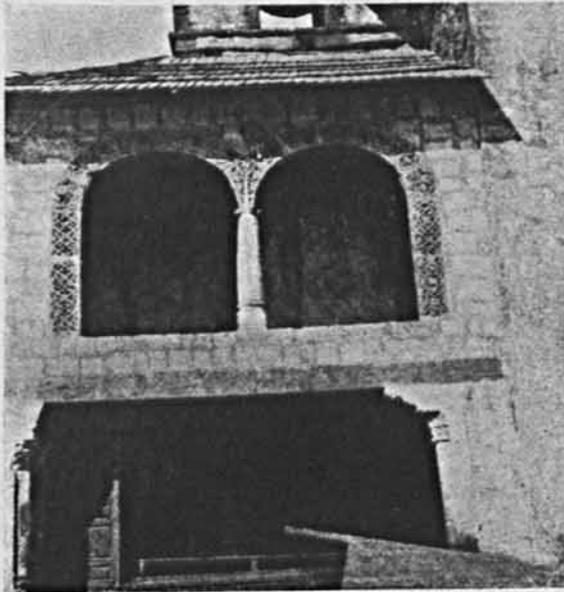


Fig. 2. Iglesia de Angahuan. Capilla abierta

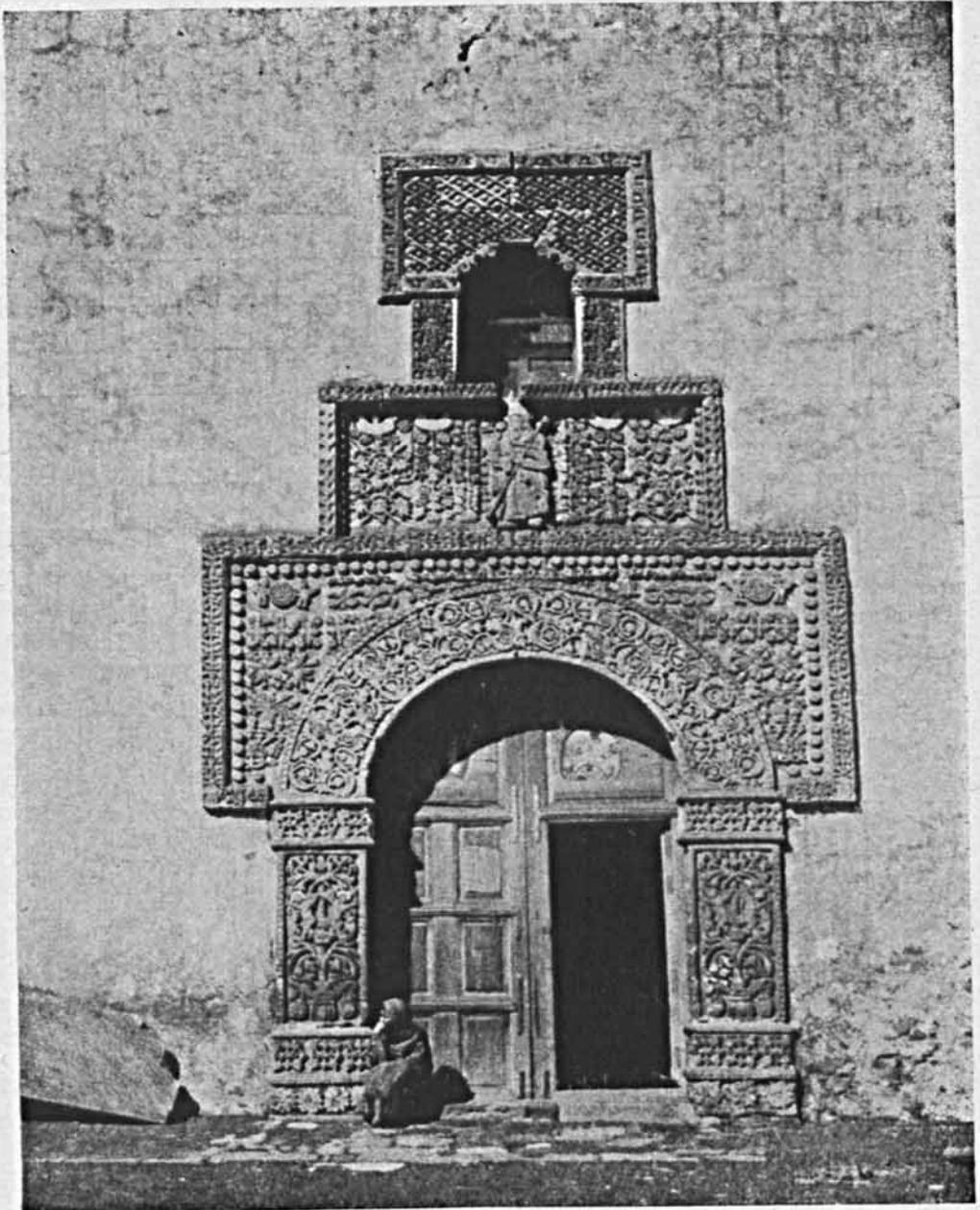


Fig. 3. Iglesia de Angahuan. Fachada

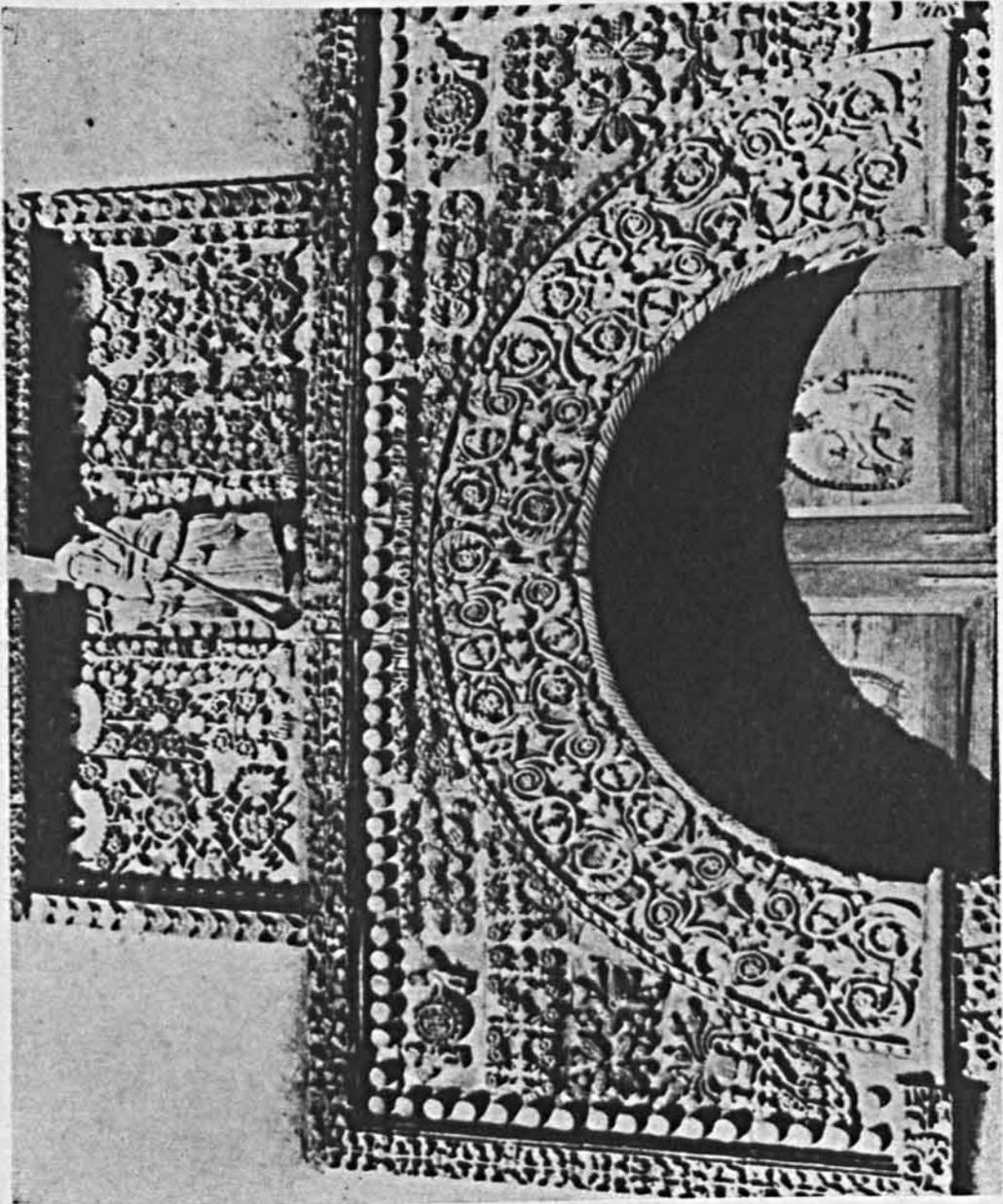


Fig. 4. Iglesia de Angahuan. Detalle superior de la fachada



Fig. 5. Iglesia de Angahuan. Jamba de la puerta

corcel, como casi siempre está reproducido en México, con indumentaria de charro, de conquistador, de indio o de árabe. En cambio, en la parte alta de la misma puerta de madera está Santiago tal como lo conocemos, a caballo. Esta puerta es posterior a la portada, tal vez del siglo XVIII o más reciente todavía. Las puertas del siglo XVI eran recias construcciones de tablones gruesos reforzados por clavazón de hierro o bronce. También en el actual altar de la iglesia, un adefesio de tablas blanqueadas, está Santiago rigurosamente a caballo, una estatua ecuestre de gusto popular.

En fin esta vez Santiago tuvo que renunciar a su aditamento y lo vemos en actitud de un humilde peregrino, caminando a pie como los demás apóstoles. Aparece con los brazos medio levantados, las manos extendidas hacia arriba y la boca medio abierta, como si estuviera predicando a la grey de su parroquia. Es una figura tomada del libro de algún fraile, un libro antiguo que lo menos traía en su parte ilustrada imágenes del arte anterior al renacimiento. La figura es esquemática, ensanchada, como las figuras del arte cristiano antiguo, el romano, el bizantino y el medioeval, cuando la iglesia con toda intención rechazaba el arte clásico, la producción de la belleza humana por medio del naturalismo, que entonces, en las primicias del cristianismo, en Roma, era el arte del paganismo.

En cambio, las cuatro cabecitas de ángeles aladas son de carácter italiano, renacentista puro. Su ejecución no es tan primitiva como la de los angelitos heráldicos del alfiz inferior, pero el cantero indígena, aparentemente, no comprendió el asunto; no comprendió el conjunto de la composición de una cabeza con alas, y por esto lo esculpió algo deformado, la cabeza muy pequeña con relación a lo demás.

El resto del tablero, tanto en las orillas como en el espacio central está cubierto de ornamentos vegetales es un bello ejemplar del plateresco mexicano puro.

El alfiz superior es mudéjar, tanto por su arquitectura como por su escultura. Por la parte arquitectónica debe compararse esta ventana con una de Uruapan, en el interior de la capilla llamada la Guatapera que tiene exactamente el mismo dibujo arquitectónico, aunque la decoración es más sencilla. Las jambas platerescas están cubiertas de líneas entrelazadas con dibujos vegetales a la manera tan gustada por el arte morisco, y la decoración del gran espacio del alfiz es algo muy típico de este arte. Es un entarimado con puntos en las aperturas de la red que forman la celosía morisca. Deben ser observadas también las volutas que forman el arco, y que también son del arte árabe.

Al poniente de la fachada de la iglesia se encuentra una construcción que ha servido tanto para el albergue de la capilla abierta como para montar las campanas. No se sabe si la torre que actualmente existe, data de la época de la iglesia, puesto que en aquellos tiempos escaseaban las torres y estaban en boga las espadañas; abundan en México las iglesias del siglo xvi con torres posteriores. Es una construcción de líneas sencillas y de carácter sobrio, con ornamentos —las esferas de piedra en la parte alta y en las cuatro esquinas— que están en concordancia con el conjunto, lo que hace suponer que es del siglo xvi.

De los dos espacios abiertos hacia el atrio de la iglesia, el del piso superior debe ser considerado como la antigua capilla abierta. Su construcción es la de un ajimez morisco, el arco doble con la columna en medio, su ornamentación de bajo relieve de carácter plateresco.

El aposento bajo el edificio no ofrece interés. En la parte frontal existen dos pilastras en forma de columnas adosadas a la pared, y a gran distancia la una de la otra. Dejan un enorme claro, que está cubierto por una viga larga y gruesa que en sus extremos descansa sobre las zapatas que por su parte están montadas sobre las columnas mencionadas.

Parece haber sido una portería, la entrada para los espacios que estaban al fondo y que seguramente servían de alojamiento permanente o temporal para el sacerdote encargado de administrar este centro religioso.

Angahuan carece de claustro, porque, como se ha dicho, no era propiamente un monasterio, sino iglesia "visita" del convento de Tarécuato.